

LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE GRANADA, HOY¹

José GARCÍA ROMÁN*

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Guadix,
Sr. Presidente del Instituto Pedro Suárez,
Dignas autoridades,
Señoras y Señores:

"La Academia no se plantea hoy el hamletiano 'to be or not to be', sabemos la desgracia que significa vivir la duda de 'ser o no ser'. Nuestro dilema es el hacer o no hacer, ésa es la cuestión primordial, porque nuestra casa ilustrada tiene su ser bien asentado y aprendido, pero no basta. Nuestra disyuntiva surge, no ante la calavera de lo que nos rodea, de ambientes anodinos y difíciles, de chabacanería y mal gusto, de falta de palabra y respeto, de cansancio y ausencia de entrega, de carencia de personalidad, de rendición incondicional de la plaza más digna de nuestra fortaleza. Nuestra turbación nace de la impotencia y de la falta de medios, fundamentalmente, económicos".

Con estas palabras comenzaba el que les habla su intervención a la conclusión del acto de la apertura del curso de la Real Academia de Bellas Artes el pasado día tres de octubre. Toda inauguración de curso, todo inicio de actividad se lleva a cabo tras un período de reflexión y de balance, de recuento de experiencias, fracasos y conquistas, de examen de conciencia con severidad e indulgencia, pues los propósitos de corrección y enmienda unidos a los ilusionantes nuevos proyectos deben lucir sus mejores destellos en el momento solemne de abrir las puertas a las obligaciones de las actividades, con la humildad de saber que volveremos a caer tres veces en las jornadas de todos los días bajo el peso de la cruz de la responsabilidad, por el tropiezo en las piedras de nuestras miserias o el desplome en los agujeros de nuestras mezquindades. Hemos de ser como el sol que cada día, aunque se sabe de memoria el recorrido, las bondades y maldades de nuestra tierra, intenta una vez más ofre-

* *Director de la Real Academia de Bellas Artes «Nuestra Señora de las Angustias» de Granada.*

cer con generosidad el sustento de sus rayos, vida de nuestra vida, alimento de nuestros alimentos, fotosíntesis del alma y del espíritu. Y no como el hijo de Eolo, Sísifo, quien en los infiernos sufría el castigo de subir continuamente una onerosa piedra a la cima de una montaña, sino con ánimo, ilusión y esperanza, como el astro rey que a pesar de la tentación del escepticismo, del desaliento, del pesimismo, siempre deja a su paso nuevas vidas y, también hay que decirlo, nuevas ausencias. Nunca se cansa a pesar de que no ignora que se han de interponer entre sus rayos ardientes y la Tierra nubes fieras y tormentas peli-grosas, pues es consciente de que al final prevalecen siempre los rayos maestros de la lumbré de verdad que ciega toda soberbia que quiere con insolencia lo que no es posible: contemplarla desde nuestra limitación.

¿Quién no ha sentido alguna vez estremecimiento ante la negritud de la vida? Recordemos los versos de León Felipe cuando dice: "¿Qué me importa que se borren / los caminos de la tierra / con el agua / que ha traído esa tormen-ta? / Mi pena es porque esas nubes tan negras / han borrado las estrellas". Sin embargo, nosotros no aceptamos la realidad de un cielo azabache porque no existen, o no deben existir, nubes capaces de borrar una sola estrella del firma-mento de la bóveda celeste de nuestra vida. Nuestro poder es tan grande como el de la humilde luciérnaga que no se entretiene en contar estrellas, pues ella pone toda su ilusión en ofrecer su modesta luz al caminante. Somos humildes pero necesarios gusanitos de luz en este mundo de reflectores insolentes, descarados y altaneros, de iluminación aparente. Han existido tantos nubarrones, tantas noches negras... Pero siempre acaba imponiéndose la luz tras duras jornadas de impaciencia.

La Academia ha conocido nublados y noches tenebrosas desde los inicios de su peregrinaje, aquel 18 de enero de 1777. Ha sido caminante que ha atra-vesado desiertos sin oasis, ha sufrido incomprensiones y también ha hecho mella en ella el adocenamiento de algunos corporativos que en tiempos con aires de mediocridad se dejaron llevar por el culto a la imagen, por la necesidad de modas frívolas, por extravagantes ventoleras, dando de lado la entrega, la misión docente a los necesitados, la lucha por las Bellas Artes, por la ecuación. De esto tampoco estamos libres muchos de nosotros que ocupamos un sillón académico.

Los orígenes de la Academia están cimentados sobre actitudes ejempla-res de algunas personalidades ilustradas y honestas que aunque motivadas por la *aufklärung*, supieron entender que aquellas luces también eran portado-ras de sombras. Don Antonio Martínez de la Plaza, personaje singular al que le tengo especial devoción, dejó unas huellas profundas en nuestra Academia, impulsadas por la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de la que también formó parte activa. El testimonio de este eclesiástico ejemplar, de esta excelente persona, de este gran cristiano benefactor e inquieto servidor no es muy conocido. La Academia y la Real Sociedad Económica lo perdieron pronto

al ser nombrado Obispo de Canarias, donde además de entregarse en cuerpo y alma a su sagrada misión dedicó el tiempo que no tenía a promocionar las luces de la inteligencia para calentar los estómagos de los más necesitados, labor que después desarrolló en Cádiz, donde murió. Este extraordinario ejemplo y otros similares nos invitan a reencontrarnos con lo mejor de nuestro pasado para beber de aquellas fuentes las aguas virtuosas de los que se entregaron con denuedo a potenciar las luces de una sociedad tan atrasada y abandonada, empleando su tiempo e inclusive su vida.

La Academia de hoy conoce la situación y el ambiente de nuestro mundo, sometido a la tiranía de un diabólico reloj, que vive tiempos conflictivos y difíciles. Tiempos en los que el reloj gobierna nuestras vidas de manera cruel y el éxito es la medida de todas las cosas. Por ello, antes de contarles a ustedes nuestros propósitos y afanes, debo seguir reflexionando sobre el momento que vive nuestra sociedad que tanto está influyendo en todos nosotros. Una sociedad, por cierto, harta y satisfecha de todo, que va alocada y con sensación —¿sólo sensación?— de carestía y ausencia. "Pocas cosas bastan para hacer feliz a un hombre sensato; pero nada puede satisfacer a un necio: por eso son desdichados casi todos los hombres", dijo el escritor moralista François de la Rochefoucauld. Nos persigue la necedad. Por tal razón el fiero y radical filósofo Cioran dice que "una humanidad ahíta produce escépticos, nunca santos". Y es acertada su reflexión pues los incendios interiores se producen en cierta medida gracias a la austeridad, cuando se ponen bridas y frenos a todos los apetitos.

Somos conscientes de que estamos viviendo unos tiempos en quiebra. Muchos valores sólidos e imprescindibles están en almoneda. Las páginas de compraventa y oportunidades, de subastas y ofertas nos son ofrecidas todos los días: basta asomarse a las pantallas de la televisión o a los periódicos o prestar oídos a los informativos de las radios. Las tiendas de los ya casi olvidados veinte duros proliferan en cada esquina provocándonos la compra de baratijas que apenas nos son útiles. Y me refiero, como es natural, al aspecto metafórico y no a la realidad lícita de un negocio. Frívolas *operaciones triunfo*, soeces *grandes hermanos*, humillantes telones que ocultan los fracasos de una sociedad que busca el gran pelletazo de la riqueza a costa de lo que sea. La desvergüenza está aliada con la falta de principios que no respetan ni siquiera la frontera de la inocencia de unos niños, del ambiente familiar, del decoro y buen gusto que se supone debe tener un ser humano educado y aleccionado. Nos sentimos definitivamente instalados y seguros en un escandaloso egoísmo, retadores de una autoridad cuyas normas las conculcamos a placer porque nada nos detiene en nuestro achulapado y pendenciero actuar, con sueños de grandezas y longevidades. Basta contemplar nuestro comportamiento por las calles de la vida. Ya no vivimos de alquiler. Somos al fin propietarios, y no de un cerebro, precisamente, sino de cosas que poco o nada tienen que ver con el destino del ser humano.

Esto provoca que sintamos la necesidad de cambiar de opinión como de indumentaria, y nos abracemos a la norma más fácil y menos comprometida: los senderos cómodos y fáciles de la veleta que su fin es dejarse llevar por cualquier impulso de Eolo. Es divertida la aguda anécdota que cuenta Ortega y Gasset referida a un gitano que se fue a confesar y el sacerdote antes de oírle sus pecados le preguntó si sabía los diez mandamientos de la ley de Dios. A lo que el gitano respondió: "Misté padre, yo loh iba a aprendé; pero he oído un runrún de que loh iban a quitá". ¿No tenemos la sensación de que vivimos en un mundo de precariedad, como sujetos de ilimitados derechos e ignorantes crasos de obligaciones, y así vamos dando tumbos al compás de la música que nos marcan con ritmos de frivolidad y de desprecio a unos valores, y como marionetas nos movemos al son de las melodías que nos tocan, porque no hay tiempo para pensar, ejercicio sospechoso para mucha gente de hoy? Así podemos ver en tantos comportamientos una especie de "nihilismo de bulevar". Se cuenta del gran Cínico que, hecho prisionero y vendido, fue sometido a la pregunta de qué sabía hacer, a lo que respondió: "Mandar", gritando al heraldo: "Pregunta quién quiere comprar un amo". Pues nadie, amigo. Sólo queremos servidores que sean de utilidad para nuestros intereses.

Uno de los principales problemas de nuestra sociedad es que está falta de ejemplos en los que brille auténticamente la verdad, la que nos quemaría si descubriéramos su rostro, porque la verdad sólo puede conocerse cuando dejemos esta funda que llamamos cuerpo y nos quedemos a la intemperie con todo vaporizado, todo atado y bien atado, pero tan suelto como el aire. Nada podemos atar más allá de la tumba. Tarde o temprano los arqueólogos de la historia analizarán nuestras huellas, y propiciarán tal vez que unos seres se avergüencen de nuestras huellas, al quedar al descubierto la verdad de nuestras obras. Si es una desgracia contemplar y sentir tanta destrucción a nuestro alrededor, el dolor moral es grande —esa pena de daño de vernos privados de la visión de la hermosura, humillada por la avaricia y la deshonestidad—, más lo es no poder evitarla. Y todo, con la complicidad de nuestro silencio, algunas veces muy productivo. Martin Luther King lo dijo de otra manera: "Tendremos que arrepentirnos en esta generación, no tanto de las malas acciones de la gente perversa, sino del pasmoso silencio de la gente buena".

La cima de la verdad no puede ser dominada por cualquiera, pues habita en las altísimas montañas del país de la exigencia, donde el oxígeno quema las gargantas y los pulmones, y acelera la respiración y los latidos. Abajo están los errores, las oscuridades. Pero, no nos equivoquemos. Este espectáculo hay que contemplarlo, el que pueda, como dice Bacon, "con piedad y no con vanidad y orgullo".

El Académico anda entre "l'esprit de géométrie" de Descartes y "l'esprit de finesse" de Pascal, aunque con frecuencia debemos arrojarnos a la existencia "aquí y ahora" para embarcarnos en proyectos de fe a pesar de que nos espante "el silencio eterno de los espacios infinitos".

El pensamiento ilustrado se estrella definitivamente en la mitad del siglo XX cuando se incendia Europa de odio e ira y el mal llega a holocaustos inimaginables a manos de demonios terribles, demonios que consiguieron sembrar el mal y poner al borde de la destrucción al planeta Tierra que sufrió el ardor de los experimentos atómicos y cuya atmósfera se asfixió de tanto respirar el humo de los hornos crematorios, de tantas muertes ignominiosas. Tras las crisis de las posguerras, de tanta novelería, de tanta cultura de liberación de no se sabe qué, de falta de autoridad y de principios, es preciso mirar de nuevo a la persona, que es la única manera de conseguir lo universal, la trascendencia. Hoy debemos continuar la labor de dignificar al ser humano y a la naturaleza, con los animales y su paisaje, enaltecer al hombre en su ansiosa búsqueda, en sus oscuridades, en sus dudas, que a través de la expresión y pensamiento artísticos ha de llegar a la tierra prometida como aquellos del éxodo, aunque sepamos que algunos se quedarán en la frontera.

Deseamos conseguir el equilibrio sintetizado en la frase del filósofo Ortega y Gasset, cuando dice: "Poder hoy seguir en su ayer sin dejar por eso de vivir para el futuro, poder existir en el verdadero presente, ya que es sólo la presencia del pasado y del porvenir, el lugar donde el pretérito y futuro efectivamente existen".

"Parece que nuestra vida, (...) llena de oscuridades y laberintos donde andamos errantes, perdidos en la noche de la ausencia de las estrellas de las ideas y de la chispa del pensamiento, está en venta y tenemos miedo tal vez a esta realidad por lo que travestidos estamos intentando ocultarnos en unos discursos, en un maquillaje, en la luz eléctrica, en el ruido, mientras nuestro corazón añora la inseguridad de la fe en algo que llene y supla la frialdad de un progreso basado en el poder y la gloria, en la fama y el dinero, en los títulos y en los papeles, y no en el valer y valor de encajar la vida con entrega y con los talentos sin ser subastados ni llevados con indecencia a la almoneda, y en el sometimiento de nuestra vida a las tensiones de la bolsa que deshumaniza y humilla lo más noble del ser humano que nada en las aguas más snobs. Somos errantes, somos seres en duda, somos exiliados, y con este perfil sólo podremos reencontrarnos en la limitación, en la dignidad del margen, en la frontera del país del pensamiento. Pero, lamentablemente, no tenemos la categoría del náufrago que con su tabla busca el modo de iniciar una nueva vida preservada de tufos triunfales de progreso descafeinado, y de renunciar definitivamente a hollar las verdaderas ideas, que como sabemos son un jaque a la verdad. ¡Qué caudal de riqueza 'las ideas de los náufragos'!", dije cuando tomé posesión de la Dirección de la Academia. Y añadí: "La recompensa no ha de estar vinculada a los resultados sino preferentemente al esfuerzo que dediquemos a nuestras tareas, a nuestra querida Academia tan preñada de esperanzas. Tal vez debamos forzar el arco de la ambición para que la flecha de los propósitos se clave en el centro del corazón de nuestros deseos, pero sin olvidar que hemos de aspirar a lo que se pueda. Es necesario ejercer la crítica personal y colectiva

con cortesía pero con toda la contundencia que nos exige la libertad de pensamiento, lo que nos conducirá a ser más exigentes y coherentes, a ser extraordinarios compañeros en la aventura de alumbrar promesas, de iluminar aún más el camino obligado de nuestro ideario académico, de poner un poco de orden en la ciudad del pensamiento y del arte, difícil y alucinante travesía que nos dará la oportunidad de conquistar para la sapiencia las nuevas tierras de cultivo que legaremos a los que nos releven mañana". Los Académicos hemos de practicar "el arte de bien hablar y sobre todo el de bien escuchar para que sea más fácil el bien hacer, en una Academia del siglo XXI bien sujeta a sus raíces, respetuosa con las formas, fiel a la ceremonia y a la etiqueta y a la cortesía, abierta y plural, y con la mirada y el corazón en un horizonte pleno de esperanzas que anhela conseguir con decoro y dignidad los fines que deseamos".

Nuestra Academia se encuentra en un proceso de cambio integral, y en este ambiente desea que las miserias de sus Académicos no estén en primera fila. La Academia no es lugar para rencores y celos ni lucimientos pues es casa de ejemplo de virtud y conocimiento, de hondos aprendizajes y humildad auténtica. A ciertas alturas de la vida, los honores, los premios y las condecoraciones nos deben conducir a un sincero examen de conciencia que deberá poner a prueba nuestros principios, nuestros afanes. Por estas razones es natural que se exigiera al Director de estas modélicas instituciones que estuviera "libre de orgullo y de preocupaciones vulgares". ¡Cuántas veces el Académico o el aspirante a Académico tiene como punto de mira el honor, el orgullo de vestir la indumentaria académica y el llevar la medalla con el número que lo consagra como propietario de un sillón, y qué pronto mutó el espíritu ilustrado de servicio y de entrega a la sociedad, a favor de la vitrina, del trofeo, de la exhibición!

Debo hacerles a ustedes una confesión: aunque llevo de Académico dieciocho años, aún no he aprendido ni entendido suficientemente lo que de verdad es la Academia, pues es un complicado y maravilloso laberinto de dudas e ilusiones, de apuestas y entrega, de aprendizajes y desencantos, que en cierta manera a algunos nos imprime carácter. Ha sido para el que les habla una escuela sabia. Encontrarme ante la ilusionante tarea de dirigir la Academia no debe inducirles a engaño. Pues es puro accidente de votos. Les aseguro que soy de los últimos en méritos y en inteligencia. Si se me eligió para regir los destinos de esta secular Institución tal vez fue porque había demostrado suficientemente mi lealtad y servicio a la Academia durante tantos años, lo cual no lo digo como mérito, puesto que es una obligación de todo el que ingresa en nuestra casa, sino como característica de mi persona que se entrega a los proyectos y que pretende abarcar más de lo que puede. No soy tan necio como para crearme alguien. Sólo soy un buen administrador de mis pocos talentos que debo multiplicar, para que cuando tenga que rendir cuentas al atardecer no me quede en el simple aprobado. Mucho tiempo de mi vida lo dedico a los demás. Ésa es la fórmula que he encontrado para sentirme a gusto en una

Institución que tuvo la gentileza de depositar en mí su confianza, de elegirme su Director o, lo que es igual, su primer servidor. No sé hacer otra cosa y en esta postura me siento realizado, a pesar de la carga que lleva consigo tal responsabilidad. Pero me apetece ser sirviente, fámulo de la verdad, aunque sea vestida, porque es difícil desnudarla sin desnudarnos, auxiliándome de la "voluntad de ser verídicos" que debemos poseer los Académicos para, como decía Ortega y Gasset, no ser intelectualmente bárbaros.

Y para cumplir esta misión tenemos muchas posibilidades. La Academia se ha trazado un itinerario que en el aspecto de pensamiento ya está explicado, y que pueden ampliarlo con la lectura del discurso de investidura que se les entregará a la conclusión de esta sesión académica. Por lo que se refiere a la actividad, está presente en el ánimo de la Academia ser rigurosa en el cumplimiento de las normas estatutarias. En estos momentos andamos inmersos en la reforma de nuestros Estatutos que pretenden acercarse a los orígenes y conectar con nuestro tiempo. Esperamos que, una vez superados los trámites reglamentarios, puedan ser aprobados muy pronto por el Pleno.

La actividad de la Academia está organizada en función de la dotación económica que disponemos, y se lleva a cabo con unos criterios sobre los que priman las necesidades de nuestra sociedad. Es nuestro deseo incrementar y fortalecer dicha actividad, y la realización dependerá del aumento de subvenciones y dotaciones económicas.

Las actividades fijas y extraordinarias son la columna vertebral de la Institución. La apertura del curso, es acto de gran solemnidad en el que se reconocen a los distinguidos con las Medallas a las Bellas Artes y al Mérito, o con otros galardones, y en el que se lee la Memoria del curso anterior, y la Lección magistral, con intervención del Director y la compañía de la música oficial de la Academia. Entendemos que la ceremonia del inicio del nuevo curso debe ser recordatorio de las pautas a seguir por nuestra Academia, con claros signos de nuestro itinerario. Las sesiones públicas que celebramos para recibir a los Académicos Numerarios y Honorarios electos revisten máxima solemnidad y protocolo, como corresponde a nuestra Institución que vio la luz en el siglo XVIII, y entiende que las formas, el rito y la etiqueta no sólo no están reñidos con nuestros tiempos, sino que por el contrario los enaltecen. Hay otra convocatoria solemne para cuando se entrega la Medalla de Honor, uno de los máximos reconocimientos de nuestra Academia. El acto *In Memoriam*, en recuerdo de los Académicos fallecidos, que este año programamos con vocación de continuidad, pretende ser uno de los momentos más entrañables del curso, cuando la Naturaleza se desnuda y se recoge, en el mes de la tristeza, una vez que hemos celebrado la fiesta de Todos los Santos y recordado a nuestros difuntos. El 14 de noviembre, día en que muriera Manuel de Falla, numerario de nuestra Academia, es la fecha elegida para tan justo recuerdo. La Capilla Real de Granada convocará a los granadinos para un acto en el que intervendrá, además

del que les habla, el Señor Arzobispo y el sonido de un órgano positivo propiedad de la Academia, que estrenamos con tal motivo.

Otro tipo de actividad es la programada para incrementar las luces de la sociedad. Los concursos (ya se han celebrado los de Dibujo, Fotografía, Composición para órgano y Bienal Internacional de Jóvenes Organistas), los foros, los seminarios y los encuentros, como la Joven Academia Orquestal, en colaboración con la Orquesta Ciudad de Granada y la Concejalía de Juventud del Ayuntamiento de Granada, o el Debate sobre el Museo de Arte de Granada, y las publicaciones son principales vías por las que nos comunicamos con parte de nuestra sociedad.

La vida *ad intra* se resume en el trabajo estatutario de celebración de Juntas Generales, de Gobierno, comisiones y sesiones de estudio por secciones. Quedan en la sombra tantas horas anónimas que se entregan generosamente a la Academia para que pueda mantener el ritmo de los pasos que nos hemos propuesto.

Acaricia nuestra Institución un gran proyecto en torno a los órganos con el que pretende convertir nuestra tierra en un paradigma, en un ejemplo para en el mundo de la cultura europea. Sabemos lo que decimos y estamos seguros que conseguiremos este importante objetivo que tanto beneficio aportará a nuestra comunidad.

Hoy tiene poco sentido trabajar de forma aislada. La unión de las fuerzas multiplica los frutos. La Academia está abierta a colaboraciones con las instituciones que desde la seriedad tengan algo que decir en relación con el arte y la cultura, con el Patrimonio Histórico-Artístico y Ambiental.

Como he dicho antes, tenemos el deber de dar testimonio de la verdad ante el abuso de la feroz especulación imposible de frenar, de la destrucción del patrimonio y de la naturaleza, a las órdenes del imperio del dinero, del pelotazo, de la riqueza a costa de lo que fuere. Como sabemos que los silencios suelen ser rentables con frecuencia, no deseamos para nosotros esa rentabilidad tan mezquina, pues somos profetas de la Belleza. No ignoramos muchos que las Bellas Artes tienen contenido divino.

Aunque es evidente, sin embargo creo que debo recordarlo. Nuestra Academia quiere estar más presente en la provincia, para cumplir mejor con su misión. Por tal motivo, uno de las aportaciones de los nuevos Estatutos van dirigidas a fomentar un mayor acercamiento a los problemas de las ciudades y pueblos de nuestra provincia. Para ello hemos arbitrado una solución que muy pronto será comunicada y que nos va a ser de gran ayuda para realizar nuestra labor. La ciudad de Guadix debe saber que cuenta con nosotros, en la medida de nuestras posibilidades, para todo lo que tenga que ver con proyectos de nuestra competencia. Abriremos puertas, tenderemos puentes, favoreceremos conexiones, apoyaremos, aunque sea moralmente, todo proyecto de búsque-

da y defensa de la belleza, del patrimonio, todo campo abierto al arte y a la cultura artística.

Nuestra Academia es un libro abierto, con páginas de gran virtud y arte, de nobleza de espíritu, y muchas otras por escribir y que con el tiempo serán legados valiosos pues existen Académicos hoy que nos abruman por su sabiduría.

Y voy a concluir. Nuestra Academia debe ser lugar de tolerancia, por lo que debe huir de los dos excesos a los que aludía B. Pascal: "Excluír la razón, y no admitir más que la razón".

Escribió un pensador francés: "Es falso decir: yo pienso. Se debería decir: me piensan". Y efectivamente así es hoy pues nos tienen programados como seres generadores de poder y riqueza, como productos al servicio de unos gobernantes invisibles o demasiado visibles, como consumidores de la gran superficie del "mundo feliz" de la tarjeta de plástico, del carrito que anda en una burbuja sin ventanas al exterior, donde parece que todos nos encontramos, y a veces como vigilantes o controladores de nuestro poder adquisitivo. No, de ninguna manera. No podemos "ser pensados" por cualquiera y de cualquier forma. Sentí estremecimiento cuando me encontré con una reflexión del eminente teólogo H. von Balthasar quien hizo una variación genial del cartesiano *cogito ergo sum* convirtiéndolo en *cogitor ergo sum*. Creo que es una de las aportaciones más estremecedoramente bellas que se han dado para colocarnos en otra dimensión de grandeza e infinitud, sin perder la libertad. Ese *cogitor* es indiscutible veto para un mundo que está empeñado en aniquilarse, y por tanto en aniquilarnos.

El obispo Angelo Roncalli, escribió en su diario: "Me doy cuenta de que hablo demasiado, tengo que corregirme, tengo que humillarme. No todas las palabras que decimos, incluso las más santas, son necesarias". Debo pedirles a ustedes perdón por esta disertación tan extensa. Sobran muchas palabras en mi intervención. Tal vez hubiera sido suficiente decirles a ustedes que estamos aprendiendo a servir a la gente, a defender el arte, la naturaleza, a proteger la gran cultura como valor imprescindible para una sociedad. Sabemos que somos vulgares instrumentos, aunque algunos, no es mi caso, sean de material muy valioso.

A veces sentimos una sacudida en el corazón cuando nos encontramos con una frase que nos llega. Me sentí feliz cuando leí la siguiente reflexión de Francis Bacon, de su ensayo *De la verdad*: "La primera criatura de Dios, en la creación de los días, fue la luz del sentido; la última fue la luz de la razón; y su obra del *sabbath* desde entonces es la iluminación de su Espíritu". Iluminación que nos lleva a la "Luz de Luz", cuando el Maestro dijo: *Ego sum lux mundi*. Juan Pablo I, tan cercano a la gente, desde su singular cátedra de humilde sencillez, rompió lanzas a favor de los amantes de la filosofía, o lo que es igual,

de los amantes de la sabiduría, dijo: "Hay filósofos sabios e iluminados que saben escrutar el pensamiento, dar vida a las ideas, interpretar las realidades humanas y divinas, la historia, la justicia, la libertad, la belleza, la contemplación, la virtud y la felicidad. Los filósofos son necesarios a la humanidad".

Nosotros pretendemos ser útiles, seguir trabajando con tesón en la tesis de la luz, la que se impondrá a la vetusta teoría de las luces. Hoy nos resta una misión profética, de elegidos para dar testimonio de la verdad, como una experiencia ya vivida y por tanto conocida en la que nos podemos apoyar, fieles a unos mandatos, porque cuando fuimos llamados conocimos la *luz* que va más allá de las luces.

NOTAS

1. Conferencia de apertura del curso 2002-2003 del Instituto de Estudios «Pedro Suárez», celebrada en el Salón de Actos del Palacio Episcopal de Guadix, el 9 de noviembre de 2002.